

Percy B. Shelley

(1792-1822)

OZYMANDIAS

Hablé con un viajero de una comarca antigua
que me dijo: Dos piernas de piedra colosales
yacen en el desierto... Y entre los arenales,
hundido, un rostro roto cuyo gesto atestigua
con ceño desdeñoso su despotismo frío,
muestra que el escultor leyó bien las pasiones
—y las plasmó con mano mordaz con sus punzones—
que en esa alma nutrieron su altivo desvarío.
Y en la piedra se lee esta leyenda apenas:
“Mi nombre es Ozymandias, yo, que fui rey de reyes:
¡Admira pues mis obras y rabia, Poderoso!”
Nada más permanece más allá de las leyes
desnudas e infinitas del entorno ruinoso
de este enorme naufragio en las vastas arenas.

OZYMANDIAS

(Segunda versión, que intenta reproducir el inusual esquema de rimas del soneto original)

Hablé con un viajero de una comarca antigua
que me dijo: Dos piernas de piedra colosales
yacen en el desierto. Cerca, un rostro atestigua,
roto, de ceño altivo y unas muecas glaciales
y desdeñosas que hablan de una insolencia ambigua,
que su escultor vio bien esas tercas pasiones
—perduran en la piedra—: la vanagloria y la ira,
y las plasmó con mano mordaz con sus punzones.
Y en la base está escrito: “Léalo aquel que pueda.
Mi nombre es Ozymandias, rey de reyes. ¡Admira
mis obras, Poderoso, y rabia!” Nada queda
al lado de esta ruina, gigantesca, inaudita,
hundida en las arenas, más que la polvareda
que se extiende a lo lejos, desnuda e infinita.